

# EL PRINCIPE FEO

(Cuento)

Vivió una vez un rey que tenía sólo un hijo, por quien sentía verdadera adoración. Era el príncipe Talí, un joven bondadoso y lleno de sabiduría, a quien todos querían. Su padre, sintiéndose viejo y enfermo, lo urgía a buscar esposa, porque quería que ocupara su lugar en el trono. Pero Talí no quería saber nada de matrimonio, pues era tan feo que temía lo fueran a despreciar. Por eso en vez de ir a fiestas se entretenía leyendo libros o paseando por los jardines del palacio.

Pero tanto insistía su padre que un día en que paseaban por el jardín, Talí se detuvo delante de una estatua y dijo:

—Sólo me casaré con una joven que sea exactamente igual a esta estatua.

La estatua representaba a una joven bellísima y Talí pensaba que en todo el mundo no habría una mujer igual a aquella.

El rey se propuso remover cielo y tierra en busca de aquella joven y de inmediato envió mensajeros a todas partes del mundo. Después de meses y meses de recorrer pueblos y reinos los mensajeros estaban desanimados. Por ninguna parte encontraron a alguien que se pareciera ni remotamente a la que buscaban.





Por fin llegaron al reino de Kamir. Iban por un bosque y al rodear un lago vieron a una muchacha que se entretenía lanzando comida a los cisnes. Cuando pasaron a su lado no podían creer lo que veían sus ojos: la muchacha era exactamente igual a la estatua.

No tardaron en averiguar que la joven era una de las hijas del rey Kamir. Entonces se dirigieron al palacio, solicitaron hablar con el rey y pidieron en matrimonio a la princesa Magda, para que fuera la esposa del príncipe Talí.

El rey estuvo de acuerdo y los mensajeros regresaron muy contentos con la noticia. Pero cuando Talí se enteró de que ya se había fijado la fecha de la boda se acogió muchísimo. Fue a buscar a su padre y le dijo:

—Tienes que romper el compromiso. Cuando la princesa me conozca no querrá casarse conmigo.

El rey lo tranquilizó diciéndole:

—No te preocupes por eso. En nuestra familia existe una costumbre muy antigua y la vamos a poner en práctica ahora. Durante la boda llevarás el rostro cubierto por un velo negro y durante un año visitarás a tu esposa en una habitación completamente a oscuras. Así ella no podrá verte. Y al cabo de un año, cuando haya conocido tu corazón generoso y tu nobleza de alma, no le importará que tu cara sea fea.



Al príncipe Talí, que quería y respetaba mucho a su padre, no le quedó más remedio que obedecerlo.

Llegó el día de la boda y todo se hizo como se había planeado. Talí visitaba todos los días a su esposa y la habitación permanecía siempre a oscuras. La princesa Magda admiraba cada día más la bondad y la inteligencia de su esposo y ansiaba conocer su cara. Se lo imaginaba de mil formas diferentes, pero siempre como un hombre muy guapo.

La curiosidad de Magda iba en aumento, pero a pesar de sus ruegos Talí se negaba a descubrir su rostro antes de que hubiera pasado un año. Pero un día Magda le pidió a una de sus criadas que se escondiera detrás de una cortina. Y cuando Talí entró a la habitación, la criada encendió una lámpara y la acercó a él. Al ver aquella cara fea la desilusión de Magda fue enorme. Pegó un grito y corrió a encerrarse en otra habitación. Durante varios días se negó a hablar con su esposo y le pidió que le permitiera regresar donde su padre. Y así lo hizo.

Pasó el tiempo y Talí estaba cada vez más enamorado de su esposa. Sentía que no podía vivir sin ella. Un día, no pudiendo soportar más, se puso una ropa sencilla y se fue al reino de Kamir. Al llegar al palacio fue a pedir trabajo y lo nombraron ayudante del cocinero. Muy pronto se hizo famoso por las deliciosas comidas que hacía y el rey y las princesas quisieron conocer al que las preparaba. Magda se llevó una gran sorpresa al verlo, pero como era muy orgullosa hizo como que no lo había reconocido.

Un día llegó la noticia de que un ejército poderoso se acercaba con la intención de invadir el reino. Talí sabía que si lograban entrar a la ciudad, el rey y las princesas morirían sin remedio. Entonces se presentó ante el rey, le dijo quién era y le pidió que lo pusiera al frente de sus tropas. El rey Kamir, que no tenía hijos varones, se alegró mucho de contar con su ayuda en esos momentos difíciles.

Talí emprendió la marcha al frente de las tropas y con su inteligencia y valor logró derrotar al enemigo. Cuando regresaron victoriosos, en la misma puerta de la ciudad estaba Magda, con los ojos bañados en lágrimas. Talí detuvo su caballo y Magda se echó a sus pies diciendo:

—Ahora reconozco lo ciega que he sido. Has puesto en peligro tu vida para salvar a una mujer necia y orgullosa. Perdóname y déjame volver a vivir contigo.

Talí, muy emocionado, le respondió:

—Recuerda lo feo que soy.

Magda alzó la cara hacia él y sonriendo le dijo:

—Pues parece que ha ocurrido un milagro. Cómo ha cambiado tu rostro. Nunca he visto otro más hermoso.

Talí seguía siendo el mismo. Pero la que en realidad había cambiado era Magda, que ahora podía ver, más allá de aquel rostro feo, la belleza del alma de su esposo.

Poco después regresaron al palacio de Talí y desde entonces no hubo una esposa más enamorada de su marido que Magda.

